



Éloi Leclerc

SABIDURÍA DE UN POBRE



Éloi Leclerc

Sabiduría de un pobre

Traducción de Fernando Montesinos Pons



Título en idioma original: *Sagesse d'un pauvre*

© Desclée De Brouwer, 1991, 2007, 2009

Para la presente edición © 2024, Groupe Elidia
Desclée de Brouwer
10 rue Mercoeur — 75011 Paris
9 espace Méditerranée — 66000 Perpignan
www.editionsddb.fr

© Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2025

Traducción de Fernando Montesinos Pons

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Cofás-Madrid

ISBN: 978-84-1339-254-7

Depósito Legal: M-19894-2025

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, Bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607
www.edicionesencuentro.com - info@edicionesencuentro.com

ÍNDICE

Prefacio.....	11
1. Cuando ya no hay paz	17
2. Solo en la noche	27
3. La última estrella	35
4. El gemido de un pobre.....	41
5. Cada vez más tinieblas.....	51
6. ¿Apunta el alba?	59
7. Una alondra canta en los sembrados	73
8. Si supiéramos adorar	85
9. No hay que despreciar nada	95
10. No se puede impedir que irradie el sol.....	105
11. Más pobre que la madera muerta.....	121
12. Más soleado que el verano.....	129

A mis queridos padres

«Dios espera allí donde están las raíces».

Rainer Maria Rilke

PREFACIO

Es posible que las palabras más terribles jamás pronunciadas contra nuestro tiempo sean estas: «Hemos perdido la ingenuidad». Decir esto no es necesariamente condenar los progresos de las ciencias y de las técnicas de los que nuestro mundo está tan orgulloso. Semejante progreso es admirable en sí mismo. Pero esto supone también reconocer que este progreso no se ha llevado a cabo sin una pérdida considerable en el plano humano. El hombre, lleno de orgullo por su ciencia y por sus técnicas, ha perdido algo de su candor.

Apresurémonos a decir que no había únicamente candor e ingenuidad en nuestros padres. El cristianismo había asumido la vieja sabiduría campesina y de la gente de la tierra, una sabiduría nacida del contacto del hombre con la tierra. No cabe duda de que en un buen número de nuestros padres había más de la tierra que del cristianismo. Más de gravedad que de gracia. Pero el hombre tenía entonces raíces poderosas. Los impulsos de la fe, como las

fidelidades humanas, se apoyaban en adhesiones vitales e instintivas particularmente fuertes. Estas no se sentían en modo alguno sacudidas o se ponían nerviosas. El hombre participaba en el mundo, ingenuamente.

Al perder esta «ingenuidad», el hombre ha perdido también el secreto de la felicidad. Toda su ciencia y todas sus técnicas le dejan inquieto y solo. Solo ante la muerte. Solo ante sus infidelidades y las de los otros, en medio del gran rebaño humano. Solo en sus luchas con sus demonios, que no le han abandonado. En ciertas horas de lucidez, el hombre se da cuenta de que nada, absolutamente nada, podrá devolverle una alegre y profunda confianza en la vida, a menos que recurra a una fuente que sea al mismo tiempo un retorno al espíritu de la infancia. Las palabras del Evangelio nunca han parecido tan cargadas de verdad humana: «Si no os hacéis como niños, no entrareís en el Reino de los Cielos».

En este camino que conduce al espíritu de la infancia, un hombre tan sencillo y tan pacificado como san Francisco de Asís tiene algo que decirnos. Algo esencial y decisivo. Este santo de la Edad Media está asombrosamente cerca de nosotros. Parece haber sentido y comprendido por adelantado nuestro drama, cuando escribía: «Salve, reina sabiduría!, el Señor te salve con tu hermana la pura sencillez». ¡Ah!, lo sentimos demasiado bien, no puede haber sabiduría para nosotros, que somos tan ricos en ciencia, sin

un retorno a la pura sencillez. Pero, ¿quién, pues, mejor que el Pobre de Asís, puede enseñarnos lo que es la pura sencillez?

Es la sabiduría de san Francisco lo que este pequeño libro se propone evocar: su alma, su actitud profunda ante Dios y ante los hombres. No he intentado escribir una biografía. Sin embargo, he perseguido la fidelidad. Una fidelidad menos literal, más interior, más profunda que la del simple relato histórico. Se puede abordar una vida como la de san Francisco desde el exterior, buscando poco a poco, penetrar en el alma del santo a partir de los hechos. Este modo de proceder es normal y siempre necesario. Pero una vez hecho esto y habiendo logrado captar algo de la riqueza interior, se puede intentar expresar esa plenitud y hacerla sensible. Y quizá entonces se deba recurrir a un modo de expresión más emparentado con el arte que con la historia propiamente dicha, si no se quiere traicionar la riqueza percibida.

Con este afán por la fidelidad, más espiritual que literal, me he esforzado por sensibilizar al lector con la experiencia franciscana en su doble aspecto. Por un lado, esta experiencia está empapada de sol y de misericordia. Por otra, se hunde en la noche de los grandes desprendimientos. Estos dos aspectos son inseparables. La sabiduría del Pobre de Asís, por muy espontánea y radiante que nos parezca, no ha escapado a la ley común: ha sido fruto de la

experiencia y de la prueba. Ha ido madurando lentamente en un recogimiento y un desprendimiento que no cesaron de hacerse más hondos con el tiempo.

Este desprendimiento alcanzó su cima en la gravísima crisis que sacudió a su Orden y que él mismo experimentó de un modo extremadamente doloroso. En el relato que vamos a leer, nos hemos ceñido a expresar la actitud profunda de san Francisco a lo largo de esta dura prueba. Para él, el descubrimiento de la sabiduría se inserta en una experiencia de salvación, de rescate, a partir de una situación de angustia: «Salve, Reina Sabiduría, que Dios te salve...». Francisco comprendió que la sabiduría en sí misma necesita ser salvada, que no puede ser más que una sabiduría de salvados.

Es cosa sabida que el punto de partida de la crisis de la que vamos a hablar fue el rapidísimo desarrollo de la Orden y la llegada masiva de clérigos a la comunidad de los hermanos. Esta nueva situación planteaba un difícil problema de adaptación. Los hermanos, que ahora eran cinco mil, ya no podían vivir en las mismas condiciones que cuando eran una docena. Por otra parte, afloraban nuevas necesidades en el seno de la comunidad debido a la presencia de numerosos hombres instruidos. Se imponía una adaptación del ideal primitivo a las nuevas condiciones de vida. San Francisco era perfectamente consciente de ello. Pero también se daba cuenta de que, entre los

hermanos que reclamaban esta adaptación, algunos estaban impulsados por un espíritu que no era el suyo. Nadie tenía más conciencia que él de la originalidad de su ideal. Se sentía responsable de esta forma de vida que el mismo Señor le había revelado en el Evangelio. Ante todo, era preciso no traicionar esta inspiración primera y divina. Además, se debía evitar el choque con las legítimas sensibilidades de los primeros compañeros; estas almas sencillas no dejarían de sentirse turbadas por innovaciones inconsideradas. La adaptación se presentaba, pues, como una tarea delicada. Requería mucho discernimiento, tacto y también lentitud. Estas condiciones no se respetaron. Los vicarios generales, a quienes Francisco había confiado el gobierno de la Orden durante su estancia en Oriente, desplegaron una actividad intempestiva; quemaron las etapas. El resultado fue una crisis muy grave que podría haber llegado hasta la ruptura. Esta crisis supuso para Francisco una prueba terrible. Tuvo el sentimiento de haber fracasado. Dios le esperaba ahí. Fue una suprema purificación. Con el alma desgarraida, el Pobre de Asís se encaminó hacia un desprendimiento total y definitivo de sí mismo. A través de la turbación y las lágrimas, iba a llegar, por fin, a la paz y a la alegría. Al mismo tiempo, salvaba a los suyos revelándoles que la forma más elevada de la pobreza evangélica es también la más realista: aquella en la que el hombre reconoce y acepta la realidad humana y divina en toda su dimensión. Este

era el camino de salvación para su Orden: esta, en lugar de aislarlo en una especie de protestantismo en desarrollo, iba a encontrar su equilibrio interior y su perennidad en el seno de la propia Iglesia.

1

CUANDO YA NO HAY PAZ

El hermano Francisco y el hermano León habían abandonado el camino polvoriento por donde caminaban, bajo un sol ardiente, desde hacía largas horas, y se habían metido por un estrecho sendero que se adentraba en el bosque y llevaba directamente a la montaña. Avanzaban penosamente. Ambos estaban extenuados. Habían pasado mucho calor caminando a pleno sol bajo sus hábitos de sayal pardo. Por eso apreciaban ahora la sombra que caía de las hayas y los robles. Pero el sendero, erosionado, ascendía por una ruda pendiente. Las piedras rodaban bajo sus pies descalzos a cada paso.

En un sitio donde la pendiente se hacía más empinada, Francisco se detuvo y suspiró. Entonces su compañero, que iba unos pasos por delante de él, también se detuvo y, volviéndose hacia él, le preguntó con una voz impregnada de respeto y de afecto:

—Padre, ¿quieres que descansemos aquí un momento?

—Sí, de buena gana, hermano León —respondió Francisco.

Y los dos hermanos se sentaron uno junto al otro en el borde del sendero, con la espalda apoyada en el tronco de un enorme roble.

—Pareces muy cansado, padre —observó León.

—Sí, en efecto, lo estoy —dijo Francisco—. Y tú también, sin duda. Pero allí arriba, en la soledad de la montaña, todo se arreglará. Ya era tiempo de que me marchara. Ya no podía quedarme más tiempo en medio de mis hermanos.

Francisco se calló, cerró los ojos y permaneció inmóvil, con las manos cruzadas en torno a las rodillas, con la cabeza un poco echada hacia atrás y apoyada en el árbol. León le miró entonces atentamente. Se asustó. El rostro de Francisco no solo estaba hundido y demacrado, sino deshecho y velado por una profunda tristeza. No había el menor destello de luz en este rostro antes tan radiante. En todo él asomaba la sombra de la angustia, de una angustia reprimida, que hundía sus raíces hasta lo más profundo del alma y la devoraba lentamente. Se hubiera dicho que era el rostro de un hombre presa de una terrible agonía. Tenía una línea dura que le cruzaba la frente y un pliegue amargo en la boca.

Por encima de ellos, oculta entre el follaje del roble, una tórtola emitía su quejumbroso arrullo. Pero Francisco no la oía. Estaba sumido por completo en sus pensamientos. A pesar suyo, estos le llevaban constantemente a la Porciúncula. Su corazón estaba unido a aquella humilde parcela de

tierra, situada cerca de Asís, y a su pequeña iglesia de Santa María, que él mismo había restaurado con sus propias manos. ¿No había sido allí donde, quince años antes, el Señor le había concedido la gracia de comenzar, con unos cuantos hermanos, a vivir según el santo Evangelio? Todo era entonces hermoso y luminoso, como una primavera de Umbría. Los hermanos formaban una verdadera comunidad de amigos. Las relaciones entre ellos eran fáciles, sencillas y transparentes. Y era verdaderamente la transparencia de un manantial. Cada uno estaba sometido a todos y solo tenían un único deseo: seguir la vida y la pobreza del Altísimo Señor Jesucristo. Y el Señor mismo había bendecido esta pequeña fraternidad. Se había multiplicado rápidamente. Y habían florecido pequeñas comunidades de hermanos por toda la cristiandad. Pero ahora todo eso estaba amenazado por la ruina. Había acabado esta unanimidad en la sencillez. Había ásperas discusiones y se desgarraban mutuamente entre los hermanos. Algunos de ellos, recién llegados a la orden, pero elocuentes e influyentes, declaraban sin pestañear que la Regla, tal como estaba, ya no respondía las necesidades de la comunidad. Tenían sus propias ideas sobre la cuestión. Era necesario, decían, organizar esta multitud de hermanos en una orden fuertemente constituida y jerarquizada. Y para ello debían inspirarse en la legislación de las grandes órdenes antiguas y no renunciar a emprender construcciones vastas y duraderas que dieran a la orden de



Hace ocho siglos, san Francisco de Asís dejó al mundo una herencia que sigue deslumbrando por su frescura y sencillez. ¿Cómo logró un hombre sin poder ni riquezas inspirar a generaciones enteras con solo su alegría, su libertad y su amor por todo lo creado?

Pocas obras han logrado acercar con tanta ternura y fuerza la figura de Francisco como *Sabiduría de un pobre*, auténtico clásico de la narrativa espiritual. Breve y delicioso, el relato de Éloi Leclerc nos invita a recorrer el camino interior del *poverello* en los días más decisivos de su vida, cuando la pobreza ya no basta y el alma se enfrenta al misterio de la noche. No se trata de un tratado ni de una biografía al uso, sino de una narración cautivadora que, sin dejar de ser profundamente fiel, invita a recorrer la experiencia franciscana como una historia viva y cercana.

Esta edición ofrece una nueva traducción al español que conserva toda la fuerza original del texto y renueva su vigencia en un mundo sediento de sentido.



Depósito Legal: M-19894-2025

ISBN: 978-84-1339-254-7

